

## *Heidegger, pensador con biografía*

RAMÓN RODRÍGUEZ  
(Universidad Complutense)

La polvareda levantada desde hace casi dos años por el discutido libro de Víctor Fariás, *Heidegger y el nazismo* ha producido ambiguos resultados para su autor. Si bien la resonancia alcanzada en los medios de comunicación ha concentrado en su libro el «mérito» de haber «revelado» el compromiso nazi de Heidegger, dejando en la penumbra los sucesivos hitos de una ya antigua discusión, ha dado, como por contraste, una notoriedad a libros que, por su carácter sobrio y nada sensacionalista, nunca habrían podido saltar, en el curso normal de la vida científica, las bardas de los círculos restringidos. Tal es el caso del libro del profesor de la Universidad de Friburgo, Hugo Ott, *Martin Heidegger. Unterwegs zu seiner Biographie* (Frankfurt/New York, Campus, 1988), sobre el que la crítica internacional se ha mostrado favorable con una unanimidad que faltó a *Heidegger y el nazismo*. Se trata, sin duda, del intento hasta ahora más serio y documentado de establecer las líneas esenciales de una biografía del gran filósofo, cosa tanto más difícil cuanto que, como es bien sabido, Heidegger fue extremadamente parco en datos autobiográficos —quizá por razones tácticas, pero también por su convicción de la primacía absoluta del «tema del pensar» sobre la persona del pensador.

En franca oposición a la idea, expresada por sus discípulos y fomentada por el propio Heidegger, de que en él su vida es su obra, Ott aborda decididamente la reconstrucción del itinerario personal del filósofo, en la convicción —tácita— de que ofrece más de una puerta de acceso a su pensamiento.

Al hablar del estilo y el método de este libro, la referencia a Fariás se hace inevitable. Ott, que significativamente no cita casi nunca *Heidegger y el nazismo*, nos advierte que su posición es contrapuesta a la de Fariás. Tal contraposición consiste sencillamente en que el punto de vista adoptado por Ott es el del historiador, la investigación y exposición de las fuentes, de los datos y de su sincronía, reduciendo al mínimo toda interpretación filosófica o cultural. No siempre lo logra. El lector saca, desde luego, la impresión de que Ott tiene muy escasa simpatía por la persona de Heidegger y no excesiva por su obra, pero no actúa como un sabueso que persigue ansiosamente las huellas del delincuente y que, en su ansiedad, busca el olor predeterminado en cuanto le sale al paso, sino como quien quiere reconstruir un camino, en el que aparecerán «agujeros negros» nada desdeñables.

Ott dispone su libro en dos partes principales, de acuerdo con una confesión que Heidegger, en un momento de gran abatimiento, le hace a Jaspers en su carta del 1 de julio de 1935; tiene que intentar sacarse dos «espinas»: «la confrontación con la fe de sus orígenes» y «el fracaso del rectorado».

Para la investigación de ambos momentos Ott ha utilizado un material en su mayor

parte inédito, procedente de diversos archivos alemanes y de legados privados, entre los que destaca la importante correspondencia Heidegger-Jaspers, todavía sin publicar.

La primera «espina», el debate interno con el catolicismo, aparece como la verdadera clave del libro. Lo cual es sorprendente, habida cuenta de que Ott era conocido por una impresionante serie de artículos sobre el rectorado de Heidegger, la segunda «espina»<sup>1</sup>. Pero no hay duda de que, para Ott, la ruptura con el catolicismo marca el momento decisivo del desarrollo de Heidegger: su acercamiento a Husserl y su rápida carrera académica posterior, su adhesión al nazismo, alimentada por una «pseudoreligiosa esperanza de salvación» (la tesis, insinuada, es que, de haber permanecido católico, Heidegger no habría sido seducido por el «movimiento»), como su refugio en Hölderlin y su nostalgia religiosa final, sólo se entienden desde una escisión interna, desde una relación amor-odio con una fe de la que nunca se vio libre.

Ott ha investigado esta primera etapa partiendo de una serie de documentos (correspondencia y diarios) de personajes pertenecientes al círculo de relaciones del «Heidegger católico». Heidegger, que sólo con el apoyo de becas otorgadas por instituciones de la iglesia católica pudo ascender trabajosamente en la escala social, aparece en estas páginas como estudiante y profesor integrado en el ambiente del catolicismo intelectual de Friburgo. Sus primeros artículos en revistas teológicas, que Ott ha exhumado, así lo muestran. Su correspondencia con sus dos grandes amigos de esta época, E. Laslowski y E. Krebs —una fuente inédita en la que Ott bebe abundantemente— no deja dudas sobre cuán claramente las expectativas intelectuales y académicas de Heidegger estaban centradas en la teología y la filosofía católicas. Ott atribuye al efecto traumático de una amarga serie de fracasos en este ámbito —rechazo del noviciado de los jesuitas y del seminario de la diócesis de Friburgo por razones de salud, pero especialmente la humillante postergación para la cátedra de filosofía cristiana— su alejamiento del «sistema» del catolicismo, consumado en la interesantísima carta a Krebs del 9 de enero de 1919, e igualmente su fuerte actitud anticristiana de los años siguientes. La acusación de oportunismo aletea entre estas páginas: oportunismo en su entusiasmo oficial por la escolástica, oportunismo en su abandono del catolicismo y en su «paso» a Husserl. Ott insiste en las ventajas que le reportó a Heidegger el quitarse de encima el estigma de filósofo católico, pero para valorar con justicia estos hechos sería necesario —cosa que Ott no hace— comprender las motivaciones *filosóficas* que, paralelamente, guiaban a Heidegger en este momento crucial. Un filósofo tiene derecho a ser juzgado *también* por la calidad de sus razones.

Merece la pena resaltar que Ott, profesor de historia social y económica, se abstiene prudentemente de hacer sociología fácil: en ningún momento deriva *à la Furtak* el incipiente pensamiento de Heidegger de un vago ambiente social. Su método biográfico, que se atiene a las circunstancias de las que Heidegger es protagonista, ilumina mucho

1. OTT, H.: Die Übernahme des Rektorats der Universität Freiburg durch M. Heidegger im April 1933. In: *Zeitschrift des Breisgau-Geschichtsvereins* («Schau-ins-Land»), 1983, 102: 121-136.

— Die Zeit des Rektorats von M. Heideggers. In: *Zeitschrift des Breisgau-Geschichtsvereins* («Schau-ins-Land»), 1984, 103: 107-130.

— M. Heidegger als Rektor der Universität Freiburg i. Br. 1933/1934. In: *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins*, 1984, 132: 343-358.

— Der Philosoph im politischen Zwielicht. In: *Neue Zürcher Zeitung*, 1982, 2-11-84.

— M. Heidegger und die Universität Freiburg nach 1945. *Historisches Jahrbuch*, 1985, págs. 95-128.

— M. Heidegger und der Nationalsozialismus. In: Gethmann-Siefert/Pöggeler. (Ed.), *Heidegger und die praktische Philosophie*. Frankfurt, Suhrkamp, 1988, págs. 64-78.

más lo que el filósofo efectivamente era en esos años que todas las vanas e inverificables repercusiones de su medio social.

La otra parte esencial del libro la constituye, tras el paréntesis de la estancia en Marburgo —que Ott contempla como una época-puente, dado el interés de Heidegger por volver a Friburgo— «el fracaso del rectorado». La columna vertebral de la exposición de Ott sobre este período la forma la contraposición a la versión oficial de Heidegger. Ott, que ha investigado exhaustivamente esa época, afirma tajantemente: «La línea de argumentación de Heidegger en «Hechos y reflexiones»<sup>2</sup> es insostenible, tanto en lo que se refiere a la cronología, a los hechos, cuanto a su fundamentación» (pág. 27). Y, efectivamente, siguiendo la vieja máxima escolástica *contra factum non valet argumentum*, se apresta a mostrar cómo Heidegger no llegó al rectorado por casualidad, sino de acuerdo con un plan trazado por círculos nazis de la Universidad, que su entrada en el partido estaba igualmente calculada, que intervino decisivamente en la *Gleichschaltung* de la Universidad alemana, que negó el informe favorable para el acceso al profesorado por razones políticas, que llegó incluso a la denuncia de un profesor (el asombroso caso Staudinger, descubierto por Ott). La dimisión del rectorado no respondería tampoco a una resistencia frente a las directrices ministeriales, sino a las dificultades que su gestión encontró dentro de su universidad. El balance de los años posteriores al rectorado no resulta tampoco muy favorable para la versión de Heidegger: sin minimizar la persecución de que era objeto por el *Amt Rosenberg*, los hechos que Ott examina no demuestran que Heidegger hubiera caído en desgracia ante el régimen ni que su actitud fuera la resistencia («ninguna actitud de protesta en momento alguno», pág. 275). Pero también aquí aparecen las limitaciones del punto de vista histórico: los «hechos», en un pensador, son también los pensamientos expresados en su actividad oral y escrita y si no se examina, a la par, la debatida cuestión de si en las lecciones posteriores a 1935<sup>3</sup> se encuentra una crítica de las bases filosóficas del nazismo, también un cuadro meramente biográfico puede verse distorsionado.

Esta ausencia de crítica filosófica —obligada asepsia de historiador—, que, como acabo de decir, se revela perjudicial en algunos momentos señalados del discurso biográfico, no es mantenida con absoluta constancia y, en alguna —rara— ocasión, el historiador parece no poder contenerse y ensaya algún pinito filosófico, que no resulta demasiado afortunado. Tal ocurre, por ejemplo, en el modo como Ott quiere hacer repercutir el desocultarse del ser, típico del pensamiento heideggeriano, sobre el *ist* de la célebre frase *Der Führer selbst und allein ist die heutige und künftige deutsche Wirklichkeit und ihr Gesetz*, contenida en el llamamiento a los estudiantes alemanes. Pero no siempre es así, en otros pasajes, la clave del origen católico, tan estimada por Ott, se revela filosóficamente interesante: le permite descubrir que buena parte de las ideas que expresa el famoso curso *Einführung in die Metaphysik* de 1935 son una confrontación con la visión cristiana de la crisis epocal, tal como la presentaba el libro *¿Qué es el hombre?* del teólogo y filósofo Theodor Haecker.

Una mención especial, siquiera sea breve, merece el capítulo sobre la relación de Heidegger con su maestro Husserl, que ofrece la más completa visión de ella que hasta ahora tenemos. Ott, que aprovecha la ocasión para deshacer algunas de las leyendas sobre la actuación de Heidegger como rector (por ejemplo demuestra que es absoluta-

2. Publicado en español en M. Heidegger: *Escritos sobre la Universidad alemana*. Traducción, estudio preliminar y notas de Ramón Rodríguez, Tecnos, 1989.

3. Cuestión que hoy se plantea de manera aún más acuciante tras la reciente aparición de los *Beiträge zur Philosophie*, libro decisivo de esos años, pero cuya publicación es posterior al libro que comentamos.

mente falso que prohibiera a Husserl el acceso a la biblioteca de la universidad) nos presenta un cuadro humano, basado esencialmente en testimonios de Husserl, en que éste aparece como un padre defraudado por la conducta del hijo. El viejo filósofo, que había luchado duramente para traer a Heidegger como sucesor de su cátedra, se ve sorprendido por el rápido alejamiento de éste y por la casi total ausencia de diálogo filosófico entre ambos. Ott no se pronuncia sobre las razones profundas de este hecho: ¿conflicto generacional, disputa de escuela, necesidad de emancipación de un maestro poderoso, táctica preconcebida?, pero su exposición contribuye a reforzar ese «fallo humano» en su comportamiento con Husserl que Heidegger reconoció en la famosa entrevista con *Spiegel*. ¿Qué pensar cuando se ve —el dato es nuevo— que, ya en 1923, Heidegger ironizaba despectivamente, en carta a Jaspers, sobre la actividad filosófica de Husserl?

En la última parte de su libro Ott reconstruye con extraordinaria minuciosidad la pequeña historia de la depuración de Heidegger. Resulta interesante comprobar que la predilección francesa por Heidegger está ya vigente en 1945: se le invita a un encuentro con Sartre, se pone a su disposición la *Revue Fontaine* —es Edgar Morin quien le transmite la invitación—, e incluso el gobierno militar hace lo posible por solucionar «el caso» favoreciendo la marcha de Heidegger a una cátedra de Tübingen. Ott revela igualmente el papel decisivo que en el fallo contrario a Heidegger jugó el informe de Jaspers —que el mismo Heidegger le había solicitado— y que se publica aquí por primera vez completo. Jaspers, con el que Heidegger creyó en 1922 poder constituir una especie de «comunidad de combate filosófico» y con el que mantuvo una estrecha amistad hasta 1933, emitió un dictamen duro, distante sobre la personalidad filosófico-política de Heidegger, que dejaba pocas salidas a la comisión. Documento extraordinario, que dice tanto de Heidegger como de Jaspers y que pone ante los ojos la dureza de ese «tiempo de penuria», que aún hoy nos salpica.

Hugo Ott ha escrito un libro valioso, que es ya imprescindible, apoyado en documentación de primer orden y en el que no transparece el burdo intento —tan perceptible hoy en determinados círculos— de sentar no ya a Heidegger, sino a toda su obra, en el banquillo de los acusados, cargando sobre su pensamiento la responsabilidad de toda una cultura. Pero da que pensar y plantea, como en penumbra, el problema de la responsabilidad moral del filósofo. ¿Se dejará, tras él, de seguir, morbosamente, esperando todo de los archivos y los documentos y se intentará pensar por fin, con rigor y sin prejuicios, el complejo fondo político-moral del pensamiento heideggeriano?